



## CAPÍTULO XLIV.

Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la estraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quijote.

**D**ICEN que en el propio original desta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no le tradujo su intérprete como él le habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el Moro de sí mesmo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de Don Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar estenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos, y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sugeto y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que, por huir deste inconveniente, habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente* y la del *Capitan Cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mesmo Don Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas, ó con priesa, ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descuberto cuando, por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz: y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar

del universo todo, pide no se desprecie su trabajo y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir: y luego prosigue la historia, diciendo que en acabando de comer Don Quijote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscasse quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de Don Quijote, y así llevado adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar, que para él habia de ser ínsula. Acaeció pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discrecion, el cual habia hecho la persona de la Condesa Trifaldi con el donaire que queda referido, y con esto y con ir industriado de sus señores de como se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo pues que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor, le dijo:— Señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró Don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dijo á Sancho:—No hay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo, ni en creyente (que no sé lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo, implicaria contradiccion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á Nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. —No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante, á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha.—Así lo has de hacer, Sancho, dijo Don Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mesmo, sobre un macho á la gineta, y detras dél, por órden

del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber como se portó en su cargo, y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de ximia, porque los sucesos de Don Quijote, ó se han de celebrar con admiracion, ó con risa. Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho, cuando Don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfaccion de su deseo.—Verdad es, señora mia, respondió Don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste, y de los muchos ofrecimientos que vuestra escelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demas suplico á vuestra escelencia, que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva.—En verdad, dijo la Duquesa, señor Don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores.—Para mí, respondió Don Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced, sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad: y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, antes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude.—No mas, no mas, señor Don Quijote, replicó la Duquesa: por mí digo, que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quijote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas

virtudes, es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase á sus solas y á su modo, cómo y cuándo quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre estendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro gobernador, un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo cual dijo Don Quijote:—Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala: y mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea, por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los mas elocuentes de la tierra.—Agora bien, señor Don Quijote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega y el Duque debe de esperar: venga vuesa merced y cenemos, y acostarése temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algun molimiento.—No siento ninguno, señora, respondió Don Quijote, porque osaré jurar á vuestra escelencia, que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover á Malábruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin mas ni mas.—A eso se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal y que mas le traia desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel, queda eterno el valor del gran Don Quijote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió Don Quijote á la Duquesa, y en cenando, Don Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse ¡ó desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase

la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Afligióse en extremo el buen señor, y diera él, por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata: digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: ¡ó pobreza, pobreza! no sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta Cordobes á llamarte dádiva santa desagradecida: yo, aunque Moro, bien sé por la comunicacion que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo, que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: tened todas las cosas como si no las tuvieseis<sup>1</sup>, y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza, que eres de la que yo hablo, ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos, mas que con la otra gente? ¿Por qué los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas, unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? ¿Por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes, con que sale á la calle, despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herruelo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó á Don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otro color, que

<sup>1</sup> San Pablo.

<sup>2</sup> Coincide con este pensamiento lo que el mismo Cervantes dijo en la comedia *De la Gran Sultana Doña Catalina de Oviedo*: Jornada III, pág. 132:

*Se embarcó para ir á Oran  
Un tal fulano de Oviedo,  
Hidalgo, pero no rico:  
Maldicion del siglo nuestro,  
Que parece que el ser pobre  
Al ser hidalgo está anecso.*

es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrechez. Mató las velas, hacia calor, y no podia dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto que pudo oir estas razones.—

No me porfies, ó Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar, cuanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de ligero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto, si duerme y no despierta para oirle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida.—No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la Duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, si no es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono bajo y suave, al son de tu arpa, y cuando la Duquesa nos sienta, le echarémos la culpa al calor que hace.—No está en eso el punto, ó Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon: y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo cual quedó Don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras semejantes á aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leído. Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer, y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban, sino que Don Quijote las oyesse. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este Romance:

O tú, que estás en tu lecho,  
Entre sábanas de holanda,  
Durmiendo á pierna tendida  
De la noche á la mañana,

Caballero el mas valiente  
Que ha producido la Mancha,  
Mas honesto y mas bendito  
Que el oro fino de Arabia:

Oye á una triste doncella,  
Bien crecida y mal lograda,  
Que en la luz de tus dos soles  
Se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras,  
Y ajenas desdichas hallas;  
Das las heridas, y niegas  
El remedio de sanarlas:

Dime, valeroso jóven,  
Que Dios prospere tus ansias,  
¿Si te criaste en la Libia,  
O en las montañas de Jaca?

¿Si sierpes te dieron leche?  
¿Si á dicha fueron tus amas  
La aspereza de las selvas  
Y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,  
Doncella, rolliza y sana,  
Preciarse de que ha rendido  
A una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa  
Desde Henáres á Jarama,  
Desde el Tajo á Manzanáres,  
Desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella,  
Y diera encima una saya  
De las mas gayadas mias,  
Que de oro la adornan franjas.

¡O quién se viera en tus brazos,  
O si no junto á tu cama,  
Rascándote la cabeza  
Y matándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna  
De merced tan señalada:  
Los piés quisiera traerte,  
Que á una humilde esto le basta.

¡O qué de cófias te diera,  
Qué de escarpines de plata,  
Qué de calzas de damasco,  
Qué de herreruelos de holanda!

¡Qué de finísimas perlas,  
Cada cual como una agalla,  
Que á no tener compañeras,  
Las solas fueran llamadas!<sup>1</sup>

No mires de tu Tarpeya  
Este incendio que me abrasa,  
Neron Manchego del mundo,  
Ni le avives con tu saña.

Niña soy, pulcela tierna,  
Mi edad de quince no pasa,  
Catorce tengo y tres meses,  
Te juro en Dios y en mi ánima.

No soy renca, ni soy coja,  
Ni tengo nada de manca,  
Los cabellos como lirios,  
Que en pié por el suelo arrastran.

Y aunque es mi boca aguileña,  
Y la nariz algo chata,  
Ser mis dientes de topacios,  
Mi belleza al cielo ensalza.

<sup>1</sup> Cervantes alude á la perla conocida con los nombres de *Peregrina huérfana* ó *sola*, que existía entre las alhajas de la corona de España: pesaba 55 quilates escasos, se pescó el año 1515, en el Darien, y pereció en el incendio del palacio real de Madrid, año 1734.—*Fellicer*.

Mi voz ya ves, si me escuchas,  
Que á la que es mas dulce iguala,  
Y soy de disposicion  
Algo menos que mediana.

Estas y otras gracias mias,  
Son despojos de tu aljaba:  
Desta casa soy doncella,  
Y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del querido Don Quijote, el cual dando un gran suspiro, dijo entre sí:—¿Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¿Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿Qué la quereis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Para qué la acosáis, doncellas de á catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demas soy de pederal: para ella soy miel y para vosotras acíbar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demas las feas, las necias, las livianas y las de peor linage: para ser yo suyo y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese madama por quien me aporrearón en el castillo del Moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra: y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejarémos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso Gobierno.

*ell*



## CAPÍTULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar.

**O**perpetuo descubridor de los antipodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones<sup>2</sup>. A tí digo, ó sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á tí digo, que me favorezcas y alumbrés la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza, que sin tí yo me siento tibio, desmazelado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos que era de los mejores que el Duque tenia. Diéronle á entender, que se llamaba la ínsula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recibirle: tocaron las

<sup>1</sup> Con el calor del sol se escita la sed, que para satisfacerla obliga á refrescar el agua con la nieve, que se derrite con el meneo dulce de las cantimploras.

<sup>2</sup> En este lugar parece imitó Cervantes á Horacio, que hablando del sol dice:

*Alme Sol, curru nitido diem qui  
Promis et celas, aliusque et idem  
Nascris. Carin. Sæculare.*

Esto es:

*..... Santo Sol,  
Que sacas el diu en tu carro  
Resplandeciente, y le encubres,  
Y te vas otro mostrando,  
Siendo el mismo.*

Esta traduccion está tomada de la manuscrita que conservo en mi poder de todas las obras de Horacio.

*Ponerse el sol*, que parece significa ponerse delante ó manifestarse á nuestra vista, quiere decir en castellano, ocultársenos de ella, desapareciendo de nuestro horizonte; y por eso dijo Don Antonio de Solís.

*¿Dime, inventor de frasi tan maldita  
Cómo se pone el sol cuando se quita?*

Nuestros antiguos poetas decian con propiedad *trasponerse el sol* por quitarse ó esconderse. Acaso quedó de aquí la espresion de *ponerse el sol*, queriendo decir lo mismo, pero abreviando el verbo *trasponer* en la pronunciacion.